

# Morir de periodismo (fragmento de novela)

Marco Aurelio Carballo

MEDIA REDACCIÓN SUPO de la cita de Catalina con Ricardo en el retrete de hombres la misma noche de los sucesos. Al otro día el diario completo se enteró de lo sucedido gracias a dos versiones difundidas. La versión oral se la atribuyeron a Catalina. Ella lo hizo a propósito, dijeron quienes reportaron el asunto para esparcir la noticia entre la población de mujeres. Catalina tenía suficiente interés como para pregonar a los cuatro vientos que Ricardo era su viejo, afirmaron las secretarías, con tono de envidia las resentidas.

De otro modo ¿por qué Catalina no protestó?, se preguntaron fuentes habituadas al anonimato. ¿Por qué ella no lo desmintió? Hasta la vieron pavonearse cual princesa mexicana, con la dicha y la sensualidad a flor de piel, esas que el enamoramiento y la satisfacción sexual ponen a flote.

A Ricardo nadie lo vio como sospechoso de ser el autor de las dos versiones. Hubiera sido una bajeza, dijeron las secretarías, suspirando quienes tenían por qué suspirar. Una cosa atroz, dijo Campanita. No se vale. A Ricardo siempre se le vio civilizado y discreto, pero Catalina se lo contó a Martha Zilli y ésta a Carlos Duayé, y de ahí *urbi et orbi*, diría López Saucedo.

La recién constituida familia periodística acababa de establecerse en la calle de Miguel Ángel de la capital del país. Los números cero del diario eran cosa del ayer. Incluso el primer tomo, el de los número cero, estaba ya encuadrado en la dirección, estos números constituían la historia del *uno*. Pero nadie imaginó que el director fuera a usarlos, en varios tomos, cual indemnización para los románticos.

El diario era un éxito, informaban los departamentos de Circulación y de Publicidad. En las redacciones no había vacantes. Se habían marchado quienes debieron marcharse, purificación determinada por el ritmo, la intensidad y los reclamos del trabajo laborioso. Pero también llegaron los rezagados, los incrédulos que se mantuvieron a distancia aunque

ateridos de frío, mientras los demás organizaban la fogata. Se arrimaron cuando las brasas refulgían al rojo vivo.

En cuanto a la población de exiliados parecía ser la definitiva y casi todos ocupaban cargos directivos. Los tupamaros uruguayos eran cautelosos y los chilenos discretos. Los “cámebien”, decía Pepe Bermúdez, el jefe de Publicidad y de Relaciones Públicas. Inquietos, los peronistas y los montoneros pugnaban sin descanso por llenar las planas de Internacionales con manifiestos y boletines y noticias favorables al movimiento peronista y contrarios a la junta militar.

Hugo Leonel del Río, el jefe de Internacionales, vivía jornadas de agobio porque si descuidaba el frente de batalla, entre el cierre y el tiro de la edición, le cambiaban las planas de modo tan abusivo como irresponsable, decía él. La disyuntiva era quedar ante la superioridad como periodista sectario o quedar como ecuaníme y profesional, capaz de ofrecer a los lectores una sección equilibrada sin que inclinara la balanza en favor de nadie. Aunque Del Río tuviera igual sus preferencias.

Cuando se anunció el mitin de argentinos ante el edificio del *uno* empezó a circular la versión escrita del encuentro de Catalina y de Ricardo. Mera coincidencia, dijo Eibi. Aunque la verdad es que quién sabe. El texto fue recibido como el ejercicio narrativo de un reportero deseoso de ser novelista, propósito audaz del director. Es decir, hacer escritores a los reporteros y reporteros a los escritores. Varios de ellos habían publicado ya cuentos o novelas, mexicanos y exiliados.

Esa noche Carlos Duayé invitó unas copas a la ya reportera Martha Zilli. Los reporteros David Martín del Campo y Jaime Avilés estaban castigados en la guardia de la redacción general porque, juguetones, habían redactado en inglés el *budget* de sus notas dirigido al jefe de Información suplente Miguel López Saucedo. También habían cumplido ya un castigo anterior de tres días sin goce de sueldo. *Three*

*days, no more*, solía decir en *Excelsior* el jefe UZ, cuyo inglés, afirmaban, era rudimentario. López Saucedo, quien perdió el sentido del humor en su ir y venir por los vericuetos del Vaticano, dijo Eibi, tomó la broma como burla.

Duayé estuvo llamando por teléfono a David Martín del Campo, chismearon los huesos, para que lo alcanzara en El Dorado. Duayé iba a platicarle a David muchas “cositas”, entre ellas ¿el asunto Catalina-Ricardo?

Del siguiente texto hubo tantas fotocopias como los manifestos completos del exilio argentino, uruguayo y chileno:

#### SIN TÍTULO

Catalina se levantó la falda mientras murmuraba:

—Estás loco, Ricky, estás loco. Pero así te amo, demente.

Él permaneció sentado a horcajadas sobre la tapadera de la taza como en el limbo y experimentó leve temblor de piernas mientras sonreía bobalicón. Guardó silencio aunque hubiera deseado decirle en susurros al oído: “Mi reina, mi gran amor”, como llaman los mexicanos a su novia, a su amante. Pero la voz de Ricky emergería ronca, sospechó él, y eso le hubiera desagradado. Tampoco quiso aclararse la garganta porque odiaba a quien lo hiciera y peor si lo hacía de manera fragorosa. Ricky experimentaba náuseas al imaginar la espesura de las flemas y su repugnante color verdiamarillento. Eran los problemas suscitados por la imaginación.

La voz se le podía oír ronca en esas circunstancias, o tartamudeante, y el tartamudeo era síntoma de inseguridad, supuso siempre. Quería mostrarse ante Catalina con el aplomo de cualquier Jorge Negrete, si bien él se sentía cerca de Pedro Infante. Deseaba mostrar aplomo, no para avasallar a Catalina, quiere creer el cronista, para inspirarle confianza, tanto a ella como a su hija Drew y a su madre la princesa y a su abuelita la canija, dicho en mexicano. Vaya familia. En una palabra quería en forma literal insuflarle seguridad.

Lo de Catalina y Berliner de ningún modo pudo haberle hecho bien a ella. Distinta era la neurosis de un exiliado a la de un autoexiliado, se dijo Ricky. El autoexilio es la fuga ideal para el encuentro de uno mismo, el descubrimiento de la perspectiva exacta de la patria. El peor exiliado era el pobre diablo con la mira puesta en Francia, o en España, mientras supone estar de paso en México, como le ocurrió, dicen, a Berliner.

—Estás loco, Ricky —dijo de nuevo Catalina mientras dejaba caer con lentitud su cuerpo en cuanto él inició la suave pero firme penetración de la espada bastarda, diría el maestro Del Río citando a Rabelais.

—Más loquita hubieras estado tú si insistes en vernos en el baño de mujeres —dijo Ricky—, y que, oh sorpresa, entrara la Mujer Manzana y el pelotudo ese de Cabrera, o que entrara la Bísvaro, coño.

Pero ella ¿con quién? Esto último nada más lo pensó. Hubiera querido verle el petacamen a la Mujer Manzana, sin la presencia de Cabrera, claro. Estaba distraéndose...

—Anda, bésame, Ricky —invitó Catalina, quien entreabrió los ojos—; bésame mucho.

Él recibió en su boca aquella lengua suave, jugosa y mordisqueable, y trató de distraerse en algo ajeno para llegar juntos a

la breve y súbita muerte. Pero ¿en qué? Por ejemplo en recordar cuál fue el momento en que Catita se quitó el calzón. Calzoncito, pensó él. Le desagradaba la palabra pantaleta y prefería bragas. A lo mejor no lo traía puesto, a lo mejor se lo quitó poco antes, en el otro baño.

De ahí en adelante estaría atento a descubrir su secreto, porque aquello, la ocurrencia grandiosa, debía repetirse cada dos días cuando menos si no a diario, jeje, porque Drew no dejaba a su madre sola un instante, uno solo, medio segundo, coño.

—Pero, Dios mío, qué rico está esto, Catita, mi Catita, ¿ya?, ¿ya puedo correrme? —murmuró Ricky.

—¿Qué dijiste? —preguntó ella—. No, no, aguanta *plis*, aguanta Ricky. *Plis, plis*.

Ella se había acostumbrado a tener dos o tres orgasmos una vez iniciada en la genuina vida amorosa. Nunca supo a qué atribuirlo, quizás a su temperamento de mujer costeña. Aunque hubiera vivido la niñez completa en la colonia San Rafael del DF. Porque Miqui, el primero, era un hombre demasiado grande para ella, con una lengua tan procaz como floja, y porque el trasiego del vino lo inhibía a él y ambos prolongaban *el asunto* durante horas.

Tenía sus ventajas amar a un uruguayo comedido y caballeroso, contaba Catalina a sus amigas, compañeras y seguidoras. Era salirse de lo común. Diversificar el gusto, ilustrarse sin viajar fuera del país.

Catalina se distrajo al tratar de establecer el origen de aquel murmullo ruidoso proveniente de la calle.

—¿Escuchas? —le preguntó a Ricky.

Pero Ricky estaba entrando ya en esa dimensión inenarrable de la secuencia de estremecimientos súbitos. Entonces ella volvió de inmediato a la suya y empezó a menear el cuerpo con un rítmico vaivén ondulante. Ese ritmo enloquecía a Ricky, estaba segurísima Catalina. Así que no debía detenerse.

Afuera, en la calle de Miguel Ángel del DF, los argentinos gritaban consignas contra la dictadura de su país pero igual contra el nuevo diario. Berliner iba al frente, su larga cabellera y sus barbas lacias ondeantes, su maltratada dentadura apretada y sus botas de gaucho desterrado hendiendo el aire tibio de la tarde veraniega. Los vecinos presenciaban estupefactos la marcha. El reducido grupo de manifestantes seguidores de Berliner gritaban consignas y hacían escándalo agitando botes de hojalata llenos de piedras.

Berliner había retomado la ruta que lo llevó al *uno*, la contesaria, la de la protesta, la del Che, opinaron muchos en el diario, porque Catalina le había dado calabazas, y con un uruguayo, concha de su madre.

\*

El narrador anónimo autor de la cochinateda aquella, opinaron las secretarías, estuvo en el baño todo el tiempo. Eso júralo, manita, espionando y escuchando, el muy depravado, dijo la Mujer Manzana. Pero ¿cómo supo lo que estaba pensando Ricky?, preguntó Campanita. ¿No se te hace que Ricky es el principal sospechoso?, según me dijo Rosendo. No, porque lo inventas y ya, dijo la Mujer Manzana. •

MARCO AURELIO CARBALLO es reportero y narrador. Su más reciente libro publicado es *Mamá estaba loca y otras turbocrónicas* (Nueva Imagen).